

## FERROCARRIL DE VÍA ESTRECHA

Porque todos hemos sido pasajeros en alguna ocasión de ese tren que se encarrila sin remedio a la abismal negrura de un túnel que parece no tener fin y nos llena de temor, para descubrir que por largo y sinuoso que parezca su recorrido, y grueso el balastro que toque sortear como firme, siempre terminará asomando la luz al final del mismo, y aflorar nuevas esperanzas que nos hagan disfrutar del viaje. Aunque eso signifique, dejar de ser quien uno es.

Mi nombre es Ramón de la Sota y LLano.

Sí, fue por 1902 cuando, junto a mi primo el Marqués de Berriz, fundamos la vía Menera de Ojos Negros.

Pero todo lo que fui y lo que soy, es por amor. ¿Su nombre? Catalina de Aburto. Sólo tenía veintitrés años cuando nos casamos, yo veintiocho. Trece hijos nos dio Dios. Si, trece soles.

Sé que por esta zona, soy conocido por la construcción de este ferrocarril. Un ferrocarril económico para el transporte del mineral.

Nada menos que 205 kilómetros de longitud, paralelo al Ferrocarril Central, tenía esta construcción de vía estrecha.

Pero ya sabrán ustedes, que la Compañía de Ferrocarril Central de Aragón, me imponían unas elevadas tarifas por el transporte del mineral al puerto más próximo, en este caso, Sagunto.

Aunque me gustaría recordarles, que justo en la primera guerra mundial, adquirimos también dos grandes paquetes de acciones de ferrocarriles. Justo los de la Compañía de los Caminos de Hierro del Norte de España, y la de la Compañía de Ferrocarriles de Madrid-Zaragoza-Alicante. Así, como otra participación importante de la Compañía de los Ferrocarriles Vascongados.

Y aquí me tienen, arruinado. Todos mis bienes han sido incautados y me sancionan con una multa de 100 millones de pesetas.

Pero para que usted lector no se pierda, le invito a subir a uno de mis numerosos vagones y retroceda conmigo en el tiempo. Allá por 1857, donde una fría noche del mes de Enero, veo por primera vez la luz, en la bella localidad de Castro Urdiales. Aunque mi infancia, la pasé en San Julián de Musques. Antiguo concejo del Valle de Somorrostro. Donde en 1968, con ya cinco minas de hierro, se construyen ferrocarriles para el transporte de este.

Pero yo aquí apenas tenía 11 años. Aún me tenía que trasladar a Bilbao y posteriormente a Madrid, para estudiar en el instituto y finalizar mi carrera de derecho.

-----

—Sir Ramón. Su primo Eduardo Aznar, desea verle.

—Hágale pasar señorita.

—Primo Ramón, que alegría el verte. ¿Qué estás haciendo?

— Pues contando a los distinguidos lectores, mi relación con los ferrocarriles. Aquí, mi primo y socio Eduardo. Sevillano, marqués, naviero, industrial, senador y negociante. ¿O sería más fino decir, hombre de negocios? Fue socio de mi padre y después se asoció conmigo.

Entre los dos fundamos numerosas y diversas empresas. La Compañía minera de Setares, Sierra Alhamilla, Menera. La de Astilleros Euskalduna, la compañía de seguros La Polar, la compañía naviera Sota y Aznar...

—¿Recuerdas Eduardo, cuántos kilómetros tenía la vía estrecha de nuestro primer ferrocarril?

—Dímelo tú, primo Ramón.

—Tres exactamente Eduardo. Justo hasta el embarcadero en Saltacaballos, al borde del mar.

Donde se vertía el mineral, en la bodega de los barcos, destinados a las fábricas británicas.

Lo importante era, no depender de ferrocarriles ajenos. Así, nos evitábamos guardar turnos de carga en los muelles. La demanda era constante y los beneficios muy generosos.

Lo mismo hicimos en Sierra Alhamilla. Pero esta vez, con un trazado de 39 kilómetros. O los 220 kilómetros desde Ojos Negros en Teruel, hasta ese mar en Sagunto. Ese Sagunto lleno de huertas de naranjos.

También recuerdo, que fui el primer accionista individual de la Compañía de los Ferrocarriles del Norte.

—Sir Ramón. ¿Desean le sirva el café?

—Ay Ramón, esa manía tuya de que te llamen Sir.

—Pues ya se, que de Sir, tengo lo mismo que tú de sevillano. Ya que solo naciste allí, pero te criaste en Bilbao.

Pero ya que el gobierno británico, tuvo a bien, el concederme el título de Knight Commander of the Order of the British Empire. Incluso, envié a mi hijo mayor, a terminar su carrera al célebre King`s College de Londres.

—¿Ya has contado cómo conociste a Catalina?

—No, aún no. Les he dicho que todo lo que he sido y lo que soy, se lo debo a ella.

Tú bien sabes que es mi gran amor.

A Catalina la conocí en un tren. Mejor dicho, en el andén de la estación.

Como todos los domingos, marchaba de vuelta a Madrid. Después de un fin de semana en el hogar familiar, volvía a continuar mis estudios.

Observaba sin ver, el paisaje que corría veloz ante mis pensativos ojos. Una parada como tantas otras. Bajan unos pasajeros, suben otros. Esperamos el pitido que anuncia, que nos volvemos a poner en marcha.

Fue en ese pequeño intervalo de tiempo, cuando la vi.

Se encontraba en el andén principal. Cerca de la puerta de entrada y salida. Miraba hacia un lado y a otro. No sé, si buscando a algún pasajero recién llegado o, esperando la llegada del próximo tren.

Bastó un instante, para sentir, que mi corazón se apeó también en esa estación.

A partir de ese momento, todos los viernes y domingos, cuando partía o regresaba a Madrid, mis ojos buscaban los suyos en los breves minutos de la parada. Era como buscar una aguja en un pajar.

No sabía quién era, como se llamaba, si estaba en esa estación por casualidad o la frecuentaba a menudo. Si vivía cerca o no era de allí.

Poco o nada podía hacer. Solo esperar que la casualidad o el destino, la volviera a situar frente a mis ojos. Justo al lado de aquel corazón, que se quedó, por siempre, a su lado.

—¿Y tardó mucho tiempo en que sucediera tal milagro, primo Ramón?

—Para mí, una eternidad.

Pero ya sabes, primo Eduardo, que la suerte y el destino, van unidos por un hilo invisible. Que si eres constante y estiras de él, poco a poco, para que no llegue a romperse. La recompensa llega a ti desde el otro extremo.

—Sí, el mismo empeño que pusiste en iniciar las obras del ferrocarril, con la compañía Sierra Menera, antes de que, El Central de Aragón, te otorgara la concesión. Adelantándote a todas las formalidades.

—Ay querido Marqués. El tiempo no existe para el que no lo valora. Y en el amor, tanto como en los negocios, un segundo perdido, es un segundo no vivido.

Recuerda, que el ingeniero que estudió la línea, mi cuñado. Contempló la variante de Vinaroz por Utrillas y otra al puerto de Valencia. Aunque al final, se decidió por la ladera derecha del Palancia, Barracas, Caudiel, Jérica, Navajas, Segorbe, Soneja... Que recuerdos de esos parajes palantinos. Su olor a romero y tomillo, sus gentes nobles y humildes, sus aguas cristalinas...que paraíso. Vaya que sí, un ferrocarril singular. Con 12 túneles, 25 puentes que lo entrecruzaban con la línea del Central de Aragón. Salvando un desnivel, entre ambos extremos de la línea, de 1250ml y unidos, al ascenso del Puerto Escandón.

—Mi querido Ramón, veo que sigues escribiendo tus recuerdos.

Pero, ¿no crees que igual, tienes al lector un poco perdido, saltando de una historia a otra sin ton ni son?

—Pues razón no te falta, querido primo. Pero debe saber el lector, que a mis 88 recién estrenados años, la memoria no es la que era. Los acontecimientos de mi vida, se pasean por mi mente sin respetar orden ni turno alguno.

-----

Residencia de la tercera edad Nuestra Señora de Los Ángeles.

—Venga Ramón, ya va siendo la hora de la cena. Vamos para adentro, nos lavamos las manos y al comedor— dice la enfermera.

—Puede esperar un momento señorita. Va a llegar el tren de las ocho. En él, se encuentra mi señora esposa.

—Señor Ramón, su señora Catalina, llegó hace diez minutos. Ella y sus niños le esperan ya sentados a la mesa.

—Y usted señor Eduardo— le dijo la enfermera a su acompañante guiñándole un ojo—pase también a sus aposentos.

La noticia llegó al día siguiente.  
Ramón no acudió al desayuno. Una de las enfermeras, preocupada por su retraso, fue a su habitación.

Golpeó suavemente la puerta varias veces. Al ver que nadie abría, ni respondía a su llamada, abrió suavemente.

Ramón yacía tumbado en su cama, con una dulce expresión en su rostro.

Al cabo de unos minutos, una esquela pegada en su puerta, anunciaba su viaje al cielo.

“ANDRÉS LÁZARO GARCÍA, ha fallecido esta misma mañana. Recemos un padre nuestro por su alma”.

Nada extrañó a los demás residentes. Por desgracia, era lo más común en los hogares, donde pasaban la recta final de su existencia.

En su mesita, un libro descansaba. Libro que leía una y mil veces. Las enfermeras sonreían, al verlo pasar sus hojas. Se lo sabía de memoria.

En la portada, un señor de traje, corbata y gorra, fuma una pipa. Su título dice así:

Ramón de la Sota

1875-1936

Un empresario vasco